

Carta a la señora Mary D. Kilpatrick

BERNARDO ATXAGA

Estimada señora Kilpatrick,

Me escribió su nieto Mark Bidart pidiéndome que le enviara el poema que usted me inspiró. Así lo hago con mucho gusto, explicándole de paso cómo llegué a usted. O mejor, cómo llegó usted a mí.

La vi por primera vez en el recital de música *country* que tuvo lugar en el Rancho San Rafael de Reno, a principios del año 2008, y lo que más me llamó la atención, en aquel ambiente un poco triste y nostálgico, fue su sombrero rojo. Había en el local muchas personas que vestían al modo de los *cowboys* y que también llevaban sombrero, pero ninguno era rojo, ni tenía, como el suyo, una forma parecida a los de copa.

El ambiente del local mejoró mucho cuando los dos músicos se pusieron a cantar sus canciones. Sentado detrás de usted, a unas cinco o seis filas, yo trataba de adivinar su edad. La veía mover los hombros y la cabeza con más brío que cualquiera

de los que estaban junto a usted, todos ellos ancianos, y, a pesar de la blancura cenicienta de su pelo ¡gran contraste con el sombrero rojo! , le calculé unos sesenta y cinco años. Ahora sé, porque me lo dice su nieto Mark Bidart en la carta, que justo aquel día cumplía usted ochenta y dos.

Uno de los músicos empezó a contar aquella historia de pastores, ¿lo recuerda? Un pastor recién casado llevó a su mujer al rancho donde estaba empleado el día en que tocaba castrar a los corderos. «Como saben, en el pasado no se utilizaban máquinas. Se hacía el trabajo con los dientes», explicó el músico, levantando con los brazos un cordero imaginario y dándole un bocado en los también imaginarios genitales. Serio, sin hacer caso de las primeras risas, el músico continuó: «Al principio, la mujer del recién casado no quiso saber nada del asunto, pero al final se animó y empezó a colaborar. Unas horas después, todos los pastores la vigilaban con la mirada. Aquella mujer lo hacía mejor que nadie y, sobre todo, más veces que nadie. Parecía entusiasmada con el trabajo. Arrancaba los colgantes de los corderos en un abrir y cerrar de ojos, con un único movimiento. Los pastores se fijaron entonces en su compañero. Estaba pálido, y de vez en cuando desviaba la vista hacia su braguita. Lo vieron, después de cenar, marchar hacia su cabaña. Iba así, cruzando las piernas...». Imitando la postura, el músico explicó: «Pensamos en aquel

hombre cuando escribimos esta canción: Pórtate como un hombre, Bill ».

Señora Kilpatrick, usted se rió más que nadie. No quiero exagerar y no diré que el sombrero rojo bailó sobre su cabeza, pero casi. Por un momento, se volvió hacia los de la fila de atrás buscando cómplices con los que compartir su alegría. Me di cuenta de que era mayor de lo que yo había creído. Esta vez le calculé unos setenta y cinco. No aparentaba usted los ochenta y dos que, si su nieto no miente, cumplía aquel día.

Un mes más tarde fui con mi familia a Virginia City. Era domingo y en uno de los *saloon* que allí se conservan, el Bucket of Blood, se celebraba un baile al modo tradicional. Hombres maduros vestidos a la moda vaquera, con botas altas de cuero, sacaban a bailar a unas damas asimismo maduras vestidas con trajes largos, en general, bastante bonitos. Sólo había una mujer que vestía diferente, con botas, con pantalones, con chaleco, con un Colt 45 al cinto. Al estilo de los *cowboys* que en aquel momento estaban en el Bucket of Blood, cabría decir. Efectivamente, como los *cowboys* del *saloon*, pero con una diferencia: el sombrero rojo de copa alta. La excepción era usted, señora Kilpatrick.

Media hora después, la orquestina, con su violinista al frente, empezó a tocar «My Darling Clementine». Viéndola bailar, la cabeza se me fue lejos de Virginia City a este país en el que ahora estoy, y sentí pena, pena *retrasada*, por las mujeres que en lugares como éste y en otros parecidos se retiraban a un rincón mucho antes de cumplir los ochenta. Vestidas casi siempre de negro, parecían preparadas para su funeral, o peor, un reclamo para la Muerte, la presa propicia que la manada abandona para ganar tiempo y escapar del Perseguidor... Afortunadamente, los clientes del Bucket of Blood cantaban a coro el estribillo de la canción, «Oh my darling, oh my darling Clementine», y me resultó imposible seguir el hilo de mis pensamientos. De hecho, el único hilo que se podía seguir era el del violín. Y eso hacían todos, eso hacía también usted, señora Kilpatrick, seguir el hilo, seguir bailando. De pronto, lanzó su sombrero rojo al aire. El hombre que estaba a mi lado exclamó: «Great!». Yo no dije nada, pero salí del *saloon* impresionado.

Ya de vuelta a Reno, intenté escribir unas líneas y concentrar en ellas mi experiencia. No conseguí nada, no esa noche. Pero unos días después empecé a silbar, sin darme cuenta, el estribillo famoso: «Oh my darling, oh my darling Clementine», y el poema acudió a mi mente con claridad. Sería una variante de la canción, y tendría un aire casi diti-rámbico. Sería un homenaje a usted, señora Kilpatrick.

BERNARDO ATXAGA

Como verá, no hubo sorpresas durante la escritura, y el poema fue lo que yo había planeado que fuera. Se lo envío, como he dicho, a petición de su nieto, que lo escuchó en una lectura de la universidad. Espero que no le disguste.

Le saluda atentamente,

BERNARDO ATXAGA

CLEMENTINE

Desde que las mujeres de ochenta años
empezaron a llevar sombreros de color rojo,
la Muerte ya no parece la misma, *oh my darling,*
oh my darling, oh my darling Clementine.

Y con el sombrero rojo, una camisa roja
con botones de plata y un chaleco ajustado
de flores estampadas, *oh my darling,*
oh my darling, oh my darling Clementine.

Y botas de tacón alto, pantalones de *cowboy*
y un cinturón de cuero duro para que quede sujeto
el Colt cuarenta y cinco nuevo, *oh my darling,*
oh my darling, oh my darling Clementine.

Los ojos azules y el pelo blanco, y el caballo
no se sabe dónde, y en el *saloon*, la música,
y el sombrero rojo volando por el aire, *oh my darling,*
oh my darling, oh my darling Clementine.

QUERIDA

Y la Muerte que se esconde detrás del violinista
y tú bailando con las botas de tacón alto,
saludando a alguien con la mano, *oh my darling,*
oh my darling, oh my darling Clementine.

La punta de la guadaña que sobresale del violín,
y el sombrero rojo que cae, y la canción que acaba,
que está a punto de acabar, *oh my darling,*
oh my darling, oh my darling Clementine.

Es rápida la Muerte manejando la guadaña,
pero más rápida eres tú sacando la pistola.
¡Has ganado el duelo, *oh my darling,*
oh my darling, oh my darling Clementine!

Huye la Muerte por la puerta trasera del *saloon*.
¡Hoy ha mordido el polvo, valga la expresión!
Y todo gracias a ti, *oh my darling,*
oh my darling, oh my darling Clementine.

El violinista se pone a cantar, *oh my darling,*
oh my darling, oh my darling Clementine,
y tú te vas a sentar con tu sombrero rojo.
Estás un poco cansada, *oh my darling Clementine.*

Desde que las mujeres de ochenta años
empezaron a llevar sombreros de color rojo,
la Muerte no parece la misma, *oh my darling,*
oh my darling, oh my darling Clementine.